

En respuesta a la usual invitación de Carnacki para ir a cenar, llegué a tiempo a Cheyne Walk para encontrarme con que Arkright, Taylor y Jessop ya estaban allí, y luego de unos minutos nos habíamos sentado a la mesa. Cenamos frugalmente, y, como siempre pasaba, Carnacki habló de cualquier posible asunto menos de aquel en que todos teníamos grandes expectativas. No fue hasta que todos estuvimos confortablemente sentados en nuestros respectivos sillones que comenzó.

—Un caso muy simple —comenzó, prendiendo su pipa—. Nada más que un simple análisis mental. Hablé un día con Jones de Malbrey y Jones, editores de Bibliophile y Book Table, y él mencionó poseer un libro llamado Acrósticos de Dumpley. La única copia conocida de tal obra se encontraba en el Museo Caylen.

Esta segunda copia que había sido conseguida por un tal señor Ludwig, parecía ser genuina. Ambos, Malbrey y Jones, creían en su autenticidad, y esto, para cualquiera que conozca sus reputaciones, significaba que el libro era auténtico.

Escuché todo tipo de historias sobre el libro de mi buen amigo Van Dyll, un holandés que se encontraba en el Club para un almuerzo.

—¿Qué sabes acerca de un libro llamado Acrósticos de Dumpley? —le pregunté.

—Mi amigo, puedes también preguntarme cuanto se acerca de Londres, tu ciudad —replicó—. Todo lo que se es muy poco. Hay una sola copia impresa de este extraordinario libro, y esta copia está en el Museo Caylen.

—Exactamente es lo que pensaba —le dije.

El libro fue escrito por John Dumpley, continuó, y presentado a la Reina Elizabeth el día de su cumpleaños número catorce. Ella tenía una gran pasión por los juegos de palabras, y este libro, que tenía que ser mera gimnasia literaria, fue realizado por este Dumpley con un extraordinario grado de involucramiento con aquellos relatos escandalosos de la Corte.

Los tipos fueron desensamblados y el manuscrito quemado inmediatamente luego de haberse impreso una sola copia, aquella que era para la Reina. El libro le fue presentado a ella por Lord Welbeck, que pagó a John Dumpley veinte guineas inglesas y doce ovejas al año con doce pintas de ale Miller Abbott para tapar su boca. Lord Welbeck intentó hacer creer que él mismo había escrito el libro, e indudablemente debió ser quien surtió a Dumpley de las escandalosas historias con detalles íntimos de

famosos personajes de la Corte, sobre quienes el autor luego escribió. Al fin logró que su propio nombre apareciese en lugar del de Dumpley; pensándolo bien, no era un gran orgullo para un hombre de buena casta el escribir bien por aquella época, sin embargo tales Acrósticos fueron tomados como obras de gran ingenio y de alabanza en aquella Corte.

—No tenía idea que fuera tan famoso, como tu dices —le dije.

—Tiene una gran fama —replicó Van Dyll—, ya que posee al mismo tiempo un valor histórico e intrínseco único. Hay coleccionistas hoy en día que serían capaces de vender sus almas si una segunda copia pudiera ser descubierta. Pero esto es imposible.

—Lo imposible parece haber sido logrado —dije—. Una segunda copia está siendo ofrecida a la venta por un tal señor Ludwig. Me pidieron que haga unas investigaciones. De ahí mis preguntas.

Van Dyll casi explota.

—¡Imposible! —rugió—. ¡Es otro fraude!

—Messrs. Malbrey y Jones han pronunciado que es inconfundiblemente genuino —dije—, y ellos son, como tu sabes, muy entendidos en la materia. También, está el relato del señor Ludwig sobre como consiguió la copia del libro en una venta de baratijas en la calle Charing Cross, que no parece ser falso. Fue a Bentloes, estuve ahí hace un tiempo. Señor. Bentloes dice que es muy posible aunque no muy probable. De todas maneras, está muy disgustado por el asunto.

—Vamos con Malbre y Jones —dijo excitado, y fuimos derecho a las oficinas del Bibliophile, donde Dyll es bien conocido.

—¿Qué es todo esto? —dijo apenas llegamos a la oficina privada de los editores—. ¿Qué es todo esto acerca de los Acrósticos de Dumpley, eh? Muéstrenme aglo. ¿Dónde están?

—El profesor pregunta acerca de la recientemente descubierta copia de los Acrósticos —expliqué al señor Malbrey, que estaba en su escritorio—. Está un poco sobresaltado por la noticia que le di hace un rato.

Probablemente ninguna otra persona en Inglaterra, excepto su propietario legal, podría haber traído el volumen descubierto en tan poco tiempo. Pero Van Dyll era uno de los grandes entre la bibliología, y Malbrey tiró para atrás el sillón de su escritorio y abrió una gran caja, de la que tomó un volumen envuelto en papel tissue, y parándose, se lo pasó ceremoniosamente al Profesor Dyll.

Van Dyll literalmente lo arrebató, desgarró el papel y corrió hacia la ventana, donde tenía mejor iluminación. Luego, por el lapso de una hora, examinó en silencio el libro, utilizando un lente de aumento, a través del cual estudió los tipos, el papel y la encuadernación. Al final, se sentó y apoyó su mano en su frente.

—¿Bien? —preguntamos ambos.

—Parece ser genuino —dijo—. Antes de pronunciarme definitivamente sobre ello, sin embargo, me gustaría tener la oportunidad de compararlo con la copia auténtica en el Museo Caylen.

El señor Malbrey se levantó de su asiento y cerró su escritorio.

—Deberé acompañarlo, Profesor —dijo—. También estaré complacido en tener su opinión en el próximo número del *Bibliophile* que tendrá una nota especial sobre Dumpley, por el interés que este volumen despertará entre los colegas coleccionistas.

Cuando llegamos al Museo, Van Dyll anunció su nombre al bibliotecario en jefe, y fuimos invitados a su oficina privada. Ahí, el profesor detalló los hechos y mostró el libro que habíamos llevado. El bibliotecario estaba tremendamente interesado, y luego de un breve vistazo a la copia expresó su opinión de que era auténtica, y que le gustaría compararla con la auténtica. Acto seguido, los tres expertos compararon el libro con la copia del Museo durante aproximadamente una hora, tiempo durante el cual suspicazmente escuché y tomé nota de vez en cuando en mi libreta, de mis propias conclusiones. El veredicto de los tres fue unánime, al final, de que la nueva copia de los Acrósticos era indudablemente genuina e impresa al mismo tiempo del mismo tipógrafo que la copia del Museo.

—Caballeros —dije—, puesto que trabajo en los intereses de Messrs. Malbrey y Jones, ¿puedo hacer dos preguntas? Primero, me gustaría preguntar al bibliotecario si la copia del Museo ha sido alguna vez prestada fuera del mismo.

—Ciertamente no —replicó el bibliotecario en jefe—. Las ediciones raras nunca son prestadas o alquiladas, y raramente examinadas sin la presencia de un encargado.

—Gracias —dije—. Esto me aclara las cosas bastante bien. La otra pregunta que deseo hacer es ¿por que antes estaban todos tan convencidos que no podía haber más que una copia en existencia?

—Porque —comenzó el bibliotecario—, como el señor Malbrey y el profesor Dyll le podrán confirmar, Lord Welbeck estableció en sus memorias privadas que solo una copia fue impresa. Pareció muy enfático en este aspecto, quizás para acrecentar el valor de su obsequio a la Reina. Él dejó establecido claramente que poseía la única

copia impresa y que el tipógrafo fue desensablado en su presencia en la Casa de Pennywell, editores de Lamprey Court. Ustedes pueden ver este nombre al comienzo del libro. Él también inspeccionó el desensamblaje de los tipos y la quema del manuscrito original. A pesar de estas inconfundibles y precisas afirmaciones en este apartado, me negaría a considerar auténtica cualquier copia descubierta, a no ser que pudiera superar una prueba tan drástica como el análisis que hemos terminado de realizar. Pero aquí está esta copia, —continuó— indudablemente genuina, y tenemos que tomar a nuestros sentidos como evidencia superior a las Memorias de Lord Welbeck. El hallazgo de este libro será un trueno literario. ¡Provocará, si no me equivoco, una suerte de conmoción entre los coleccionistas!

—¿Podría estimar su valor? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—Me es imposible —respondió—. Si fuera un hombre rico felizmente daría mil libras por tener este volumen. ¡El profesor Dyll, aquí, es más afortunado, y probablemente mejorar mi oferta! Espero que si Messrs. Malbrey y Jones no lo compran pronto, podría viajar a América en busca de la mitad de los tesoros de la tierra.

Luego de esto, nos separamos y cada uno siguió su camino. Regresé aquí, me hice una taza de té y me senté por un buen rato, para pensar, ya que no estaba completamente satisfecho a pesar que todo parecía tan claro.

—Ahora —me dije a mí mismo—, tengamos un pequeño e imparcial razonamiento, y veamos que resulta de la prueba. Primero de todo, hay una declaración aparentemente indudable en las Memorias de Lord Welbeck que solo fue impresa una sola copia de los Acrósticos. Este caballero tomó especiales recaudos en que no fuera impresa ninguna otra copia del libro, y las únicas pruebas fueron incineradas. También esta copia resulta ser auténtica, ya que el exámen de tres expertos en el tema ha concluído en tal idea. Hasta ahora se daba por sentado que la que denominamos Copia Número Uno, era la única copia impresa. Pero ahora, vamos al segundo paso, una segunda copia es comprobada como auténtica. Es la Copia Número Dos. Y las dos juntas provocan una imposibilidad, una paradoja. Entonces, pensando en ambas copias, es que puedo limitarme al fin a aceptar la segunda, teniendo entonces que dejar de aceptar la declaración de las Memorias de Lord Welbeck.

Carnacki dio profundas bocanadas a su pipa durante unos minutos antes de resumir su historia.

—Durante los siguientes días, por simple métodos de deducción y simple seguimiento de los hechos, avizoré el sutil plan criminal, el más ingenioso contra el cuál haya tenido que enfrentarme. Me comuniqué con Scotland Yard, mis clientes Messrs. Malbrey y Jones, Ralph Ludwig, dueño del volumen descubierto, y el señor Notts, el

bibliotecario en jefe. Solicité un detective de la Yard para que nos viera en la oficina del Bibliophile y Book Table, y persuadí a Notts para que acudiera con la copia de los Acrósticos del Museo. De esta manera monté mi escenario, con todos los personajes envueltos, en aquella oficina del centenario Collector's Weekly. El encuentro fue a las tres de la tarde, y cuando estuvimos todos, les anuncié que les diría unas palabras por unos minutos.

—Caballeros —dije— me gustaría que me siguieran en una breve línea de razonamientos que deseo indicarles. Hace dos días, señor Ludwig trajo a esta oficina una copia de un libro de la cual se suponía existía una sola copia. Un examen de este descubrimiento, por tres expertos, quizás los tres más respetados de Inglaterra, arrojó el resultado que la nueva copia era completamente genuina. Este es el hecho número uno. Hecho número dos es que había razones fuertes como para suponer que no podía haber dos copias originales en existencia de este libro particular. Fuimos forzados, por la opinión de los expertos, a aceptar el primer hecho como indudable. Pero aún quedaba por explicar el segundo hecho, que es, la buena razón para suponer que solamente se había impreso una copia de este libro. Encontré que, a pesar de aceptar el hecho del descubrimiento de la segunda copia, aún no tenía manera de explicar las buenas razones mencionadas. Entonces, no habiendo quedado satisfecho, seguí la línea de mis investigaciones. Y fui al Museo Caylen e hice preguntas.

»Supe por el señor Notts que las ediciones incunables o raras nunca son prestadas. Y un examen de los registros me mostró que los Acrósticos habían sido solicitados tan solo tres veces por tres personas diferentes en los últimos dos años, y, como supe luego, siempre fue en la presencia de un encargado. Esto me seguía dejando insatisfecho, así que marché a casa y me puse a pensar. Y la deducción que saqué de todas mis horas de pensamiento, es que estas tres diferentes personas que examinaron el libro durante los últimos dos años podían ser la única línea viable de explicación para mí. Pude hallar sus nombres: Charles, Noble y Waterfield. Mi meditación me sugirió acudir a un experto en grafología, y ambos visitamos el registro del Museo con el resultado que encontramos que mi deducción no iba por mal camino. El experto se pronunció que la escritura de los tres nombres tenía que ser la de una misma persona.

»Mi siguiente paso fue simple. Vine aquí a la oficina, junto con el experto y pregunté si me podían mostrar cualquier escrito del señor. Ralph Ludwig. Y el experto aseguró que el señor Ludwig fue el hombre que firmó en las tres ocasiones el registro del Museo. Entonces lo siguiente fue deducción pura, para encontrar como el señor Ludwig pudo haber actuado. Solo podía suponer que se habría provisto de alguna copia de los Acrósticos de alguna u otra manera, posiblemente en la venta de libros de Bentloes. Esta copia del libro habría sido hecha por los mismos impresores, pero solo contenía papel en blanco, para demostrarle a Lord Welbeck como los Acrósticos quedarían, luego de ser impresos y encuadernados. El método es común en el mercado de los publicistas, como ustedes saben. El encuadernado puede ser un duplicado exacto de lo que será el volumen terminado, pero en el interior no hay más que hojas

blancas del mismo espesor y calidad que aquella con la que el libro será impreso. De esta manera, un editor puede tener una idea de como va a quedar la obra.

»Estoy convencido de haber descripto el primer paso del ingenioso plan del señor Ludwig. Él hizo tres visitas al Museo y, como todos ustedes verán en un minuto, si no hubiera tenido esta copia en blanco de los Acrósticos para su primer visita, no habría llevado a cabo su plan hasta después de una cuarta. Es más, a no ser que esté muy equivocado en mi psicología del incidente, fue a través de la posesión de esta copia en blanco que comenzó a tramar todo esto.

—¿Es así, señor Ludwig? —le pregunté. Pero rehusó a contestar, y se sentó mirando muy cabizbajo—. Bien, caballeros, el resto está sumamente claro. Él fue la primera vez al Museo para estudiar su copia, luego de lo cual hábilmente la reemplazó con la copia en blanco que llevaba con él. El encargado tomó la copia, que por fuera era idéntica al original, y lo reemplazó en su caso. Esto fue, por supuesto, el único gran riesgo que corrió el señor Ludwig en su pequeña aventura. Un pequeño riesgo era que otra persona fuera y pidiera ver los Acrósticos antes que él pudiera reemplazarlo nuevamente por el original, ya que esto sería lo que haría en su segunda visita, no sin antes haber fotografiado cada página. ¿Es esto cierto, señor Ludwig? —le pregunté; pero él continuó rehusándose a abrir su boca.

—Esto —continué—, sucedió efectivamente con su segunda visita, cuando regresó el original y tomó la copia en blanco, para comenzar a imprimir en una imprenta de mano los bloques que había fotografiado. Una vez que las páginas fueron nuevamente encuadernadas, él regresó al Museo y cambió de nuevo las copias, dejando en el Museo la copia excelentemente falsificada. Cada vez, como ustedes saben, utilizó un nuevo nombre y una nueva firma, y, probablemente, algún disfraz; ya que no deseaba ser conectado con la copia del Museo. Esto es todo lo que tengo para decirles; pero difícilmente creo que el señor Ludwig le importe negar mi historia, ¿eh, señor Ludwig?

Carnacki sacudió las cenizas de su pipa, mientras terminaba su historia.

—No puedo imaginar porque lo robó —dijo Arkright—. De seguro no lo hubiera podido vender nunca.

—No, es cierto —replicó Carnacki—. Ciertamente no en el mercado abierto. Lo habría tenido que vender a algún coleccionista inescrupuloso que lo quisiera, por supuesto, sabiendo que era robado, dándole una nadería por él, y pudiendo al final terminar cayendo preso por la policía. Pero no ven que si pudo arreglarse para que el Museo aún tuviera su copia, también podía vender su propia copia sin temor alguno en el mercado abierto, al mejor postor, como una auténtica segunda copia que habría sido descubierta. Había tenido la inteligencia de saber que su copia sería examinada sin ninguna misericordia, con gran atención por los expertos, y fue por eso que hizo su tercer cambio, dejando la copia falsificada, impresa tal y como el original, lo más

parecida que fue posible y llevándose con él la copia auténtica.

—Pero los dos libros fueron comparados uno con el otro —agregué.

—Muy cierto, pero la copia del Museo no lo fue con desconfianza. Cada uno de los expertos la consideraba como la copia auténtica. Si los tres expertos le hubieran prestado la misma atención a la copia falsa en el Museo que era la que pensaron era auténtica, no pienso por un minuto que esta historia habría sido narrada. Es un muy buen ejemplo que la manera en que la gente toma las cosas como válidas. ¡Váyanse! —dijo, genialmente, el cuál era su método usual de despedirse de nosotros.

Y luego de unos minutos, estábamos camino a casa.